

3. Crítica al libro de Rafael Lara Martínez. *Del silencio y del olvido. O los espectros del patriarca*. San Salvador: Fundación AccesArte, 2013¹

Por Carlos Gregorio López Bernal²

Resumen:

Este trabajo es una crítica al libro *Del silencio y del olvido. O los espectros del patriarca*, de Rafael Lara Martínez, desde la perspectiva de la historia. Analiza la contribución del autor al conocimiento del “martinato” y establece varios temas de discusión sobre la perspectiva de abordaje, el uso de las fuentes y la crítica historiográfica.

Palabras clave: martinato, historiografía, El Salvador, literatura, historia.

3.1. Introducción:

Este libro de Rafael Lara Martínez es un peldaño en un proceso de divulgación de sus trabajos sobre la historia, la literatura y la cultura salvadoreña del periodo del “martinato”. Algunas tesis ya las había adelantado en publicaciones previas, pero aquí se perfilan con más claridad. En tal sentido, viene a ser una valiosa contribución al conocimiento y cuestionamiento de un periodo importante de la historia del país. Difícil acercarse a él, sin asociarlo a la matanza de 1932, y sin las visiones prejuiciadas a favor o en contra del General Maximiliano Hernández Martínez.

Como punto de partida me parece importante, ubicarnos en el tiempo, ser conscientes de que hablamos de otros tiempos; luego, no olvidar que si un gobernante logra quedarse en el poder por mucho tiempo es porque tiene apoyos, y no sólo de una fuerza armada, o de unas élites que tienen dinero, no sólo de los intelectuales, sino de más gente y seguramente de gente común y corriente. Este libro trata de una de esas fuentes de apoyo

al general Martínez: los intelectuales y artistas que vivieron en el periodo del “martinato” (1931-1944). A fin de que el comentario vaya más allá de los elogios acostumbrados en estos casos, planteo esta crítica en tres momentos: acuerdos, desacuerdos y cuestionamientos.

3.2. Acuerdos:

Los acuerdos son aquellos aspectos en los cuales concuerdo plenamente con el autor, y que creo debieran tener en cuenta los lectores, a fin de hacer una lectura más provechosa. No obstante el acuerdo, considero necesario hacer algunos comentarios.

Inicio con los acuerdos: Lara Martínez viene insistiendo desde hace rato en la necesidad de “hacer historia” sobre la base de las fuentes primarias y no a partir de los prejuicios del presente. Lo primero es absolutamente necesario, aunque no siempre posible. En nuestro país, el acceso a alguna documentación sigue siendo problemático, aunque se ha avanzado mucho. Lo segundo es más complicado; no en balde Benedetto Croce advertía que toda historia es una historia del presente.³ Hay preguntas que solo pueden plantearse en ciertos momentos; me parece que algunas de las cuestiones que aborda Rafael, corresponden a este caso; son inquietudes muy del presente. Pero insisto, la demanda de Lara Martínez es absolutamente válida y su trabajo confirma sus inquietudes.

Rafael también llama a poner en discusión el legado y el significado histórico del martinato. Esto implica examinar por qué la actitud de las elites intelectuales y políticas del país con respecto a Hernández Martínez y la matanza de 1932 es tan contradictoria y problemática. Es claro que buena parte de lo que hoy se sabe y se opina del martinato fue elaborado post 1944 y que antes de la caída del General, muchos lo apoyaron o al menos guardaron precavido y conveniente silencio sobre los disensos que pudieron tener con él. En este inventario incluye, con suficiente evidencia, incluso a instituciones, como la Universidad de El Salvador.⁴

Los cuestionamientos son pertinentes, pero dejan de lado varios puntos importantes: el apoyo abierto o velado de ciertos sectores intelectuales o artísticos hacia gobiernos autoritarios y represivos no es en absoluto novedoso... la historia europea o latinoamericana abunda en ejemplos; incluso en nuestro país es claro que hasta los gobiernos del PCN, generalmente tildados de poco amigables con el quehacer intelectual,

contaron en su momento con el decidido apoyo reconocidos académicos e intelectuales, como habrá comprobado cualquiera que haya leído el sugerente libro de Héctor Lindo y Erik Ching sobre la reforma educativa de 1968.⁵

Los planteamientos de Lara M. parecen sugerir que cualquier intelectual “consecuente” debía oponerse y denunciar el martinato. Niega la posibilidad de que alguien pueda apoyar un proyecto político, en un determinado momento, y luego desencantarse de él y pasar incluso a oponérselo.

La cuestión puede plantearse en otros términos: ¿Qué opinión se tenía de HM en 1932? La evidencia sugiere que, como bien lo plantea Lara, las actuaciones de Martínez tuvieron más apoyo de lo que hasta hoy se ha pensado. Otra cosa es el apoyo que el General pudiera tener años más tarde, sobre todo después de sus reelecciones. Mucho de lo que el autor llama “denuncias tardías” podrían corresponder justamente a un cambio de opinión hacia un gobierno que se prolonga en demasía. ¿Acaso, quiénes apoyaron a Martínez en 1932, obnubilados por lo que entonces se decía la “amenaza comunista”, sabían entonces que este pretendía permanecer en el poder por más de una década? Y cuando digo pretendía asumo prácticamente que Martínez tenía ese proyecto desde que toma el poder. Algo sobre lo cual no tenemos evidencia.

3.3. Desacuerdos:

Los desacuerdos son puntos en los cuales difiero con el autor y que me parece merecen alguna discusión, a fin de deslindar campos de estudio, aclarar las perspectivas de abordaje y en consecuencia, entender mejor las tesis y conclusiones del libro.

Como apunté antes, Lara Martínez reivindica una ortodoxia en la práctica de la investigación histórica basada en el uso de fuentes primarias, pero la enmarca en una concepción postmoderna de la historia, que en su versión más extrema reduce esta a un simple discurso, diferenciándose muy poco de la literatura y la ficción. Esta opción tiene serias implicaciones tanto en los cuestionamientos como en las conclusiones de sus trabajos. Por ejemplo, Rafael plantea: “Cuando la historia la define un tipo de escritura, su lugar es el de la ficción. *La historia es una literatura, una retórica letrada.*”⁶ Si

la historia fuera simple ficción, Rafael pudo ahorrarse el trabajo de consultar todas sus fuentes y escribir este libro con base en su sola imaginación, que la tiene, y mucha. Se hubiera ahorrado mucho tiempo y esfuerzo...

Más complicado; aunque se insiste en el recurso a las fuentes primarias, en ocasiones, Lara Martínez las usa de forma muy discutible, al menos desde la ortodoxia del método histórico. Apunto algunos ejemplos: abuso de los puntos suspensivos, corchetes y otros recortes al texto original, que vuelven un tanto sospechosas sus conclusiones. Asimismo, hace una mezcla interesada de diferentes textos y autores para construir uno solo funcional a la tesis que desea sostener. Esto implica “conocer” décadas después lo que pensaban los autores, al punto de que su pensamiento coincide plenamente con el de otros.

“El Salvador es una nacionalidad en formación [sujeta] al movimiento perfeccionante perdurable en el tiempo [como los autores martinistas que el siglo XXI canoniza sin nuestra opinión, ya que] la evolución de los pueblos es siempre obra forjada por los hombres intelectuales [sin las mujeres ni el pueblo] que aúnan su prédica y su esfuerzo a la acción de los Poderes Públicos.” (La voz de Cuscatlán YSP, La República, 14 de julio de 1938, Carlos Bustamante, 28 de febrero de 1939 y 7 de junio de 1937).⁷

¿Qué parte del texto corresponde a cada fuente?, ¿Es posible el sentido del conjunto sin los agregados?, ¿Estarían de acuerdo los autores con que sus ideas se entremezclen de ese modo, se pongan en ese orden y además se les intercalen ideas de un escritor del siglo XXI?

Por otra parte, el grueso de la documentación en que se basa este libro proviene de la producción literaria y artística del periodo en estudio. Y Rafael procede como procedemos todos los investigadores: escogemos un corpus documental y lo ordenamos de la manera más favorable a las tesis que se quieren sostener. Esto implica hacer lectura, análisis e “interpretación”. Nada que cuestionar, excepto que Lara pasa por alto una característica central de la producción artística: La POLISEMIA.

Es decir, que una fuente artística o literaria admite múltiples lecturas y significados. Pero Rafael intenta convencernos de que los autores de esos documentos querían transmitir el significado que él les da, ochenta años después, con otras cuestiones en mente y con un marco de referencia muy diferente al de la época en que aquellos escribieron. Sin embargo, en no pocas ocasiones se ve obligado a reconocer tácitamente que su interpretación es solo una más entre muchas posibles, y usa formas verbales como “podría... sería”, las cuales abundan en el libro.

3.4. Cuestionamientos:

En tercer lugar, planteo algunos cuestionamientos, en parte producto de los desacuerdos, pero también de las muchas inquietudes académicas que este texto provoca. Las tesis de Lara Martínez se construyen a partir del análisis de un corpus documental peculiar: Las revistas de la época en las que publicaban los autores que discute. Para tener un panorama completo del problema, hay que considerar no solo el discurso de estos intelectuales, sino el medio por el cual lo hacen circular, y que Rafael analiza muy bien. Pero hay un detalle importante que no considera: El problema mayor en este tipo de casos, es que no tenemos información fidedigna de lo que sucede, una vez que el material sale de la imprenta. Cuestiones básicas como el tiraje de la revista, los canales de circulación, el tipo de público al que va dirigida nos obligan a ser muy cautos en las conclusiones.⁸

Ya no se diga si consideramos otros factores: el analfabetismo, por ejemplo. El censo de 1930 registra un 78.8% de analfabetismo, que se elevaba a 82.3% en las mujeres. De entrada, alrededor de un 75% de la población quedaba fuera del alcance de las sesudas y brillantes ideas de estos intelectuales. Luego habría que considerar las diferencias urbano-rurales; y lo lógico es pensar que había mejores niveles educativos en el área urbana, sin embargo, el grueso de la población residía en lo rural (61.7%).

Vale decir que la producción a la que Lara Martínez se refiere trataba temas de cierta complejidad, a menudo encriptados adrede o involuntariamente por los autores; decodificar esos mensajes requiere lectores con altas capacidades de análisis, lo cual implica reducir aún más el impacto posible de esos materiales.

Resulta entonces que debiéramos considerar la posibilidad de que le estemos dando mucha importancia a un problema que interpeló

directamente a una parte muy reducida de la población salvadoreña. Posiblemente el éxito del martinato en ganarse el apoyo de la población se debió a otros mecanismos no tan sofisticados como los estudiados por Lara Martínez, pero no por ello menos efectivos, por ejemplo el inteligente uso de la radio, u otros, como los estudiados por Aldo Guevara en su tesis doctoral: propaganda, acciones focalizadas de “justicia social”, reformas puntuales, control social, etc. Vale decir que Aldo Guevara hizo un interesante trabajo, que por cierto no se cita en este libro.⁹

La lectura me plantea la duda: ¿un libro de qué? La presentación de Claudia Cristiani sugiere dos opciones: es un texto que estudia “la manera de hacer historia en El Salvador”, o una serie de “ensayos sobre historia de El Salvador”. En el primer caso, sería más bien trabajo de análisis historiográfico; en el segundo un estudio de la historia salvadoreña. Si este fuera el caso: ¿es historia del martinato, historia intelectual o una “historia de la memoria y del olvido”?, ¿o es solo crítica literaria?

Independientemente de la respuesta a la inquietud anterior, debo decir que este es un libro poco convencional... Provocador, polémico, interesante, pero difícil de leer, tanto en su estructura capitular, como en la de los ensayos que lo componen. Incluso el diseño del libro, confirma esta observación. Una colega me decía que es un “libro mural”, en el sentido de que cualquiera de sus partes puede leerse como un texto independiente, o verse todo como un gran mosaico... Cualquier opción tiene sus pros y sus contras.

Y hablando de silencios... Lara Martínez cuestiona las maneras de hacer historia sobre el martinato, especialmente los “silencios” y la supresión de fuentes. Pero su trabajo, solo cita un libro de historia (*1932: Rebelión en la Oscuridad*, de Gould y Lauria) al que menciona de manera marginal y que no trata específicamente sobre el martinato.¹⁰ Un libro que cuestiona las maneras de hacer historia, no menciona a los historiadores que interpela (a menos que los asuma, para concordar con el título, como espectros que rondan, pero no se manifiestan). ¿En qué términos llama Lara Martínez a la discusión, si silencia o ignora los estudios previos?, ¿Quiénes serían entonces los convocados a la discusión?, ¿Solo aquellos que se sientan aludidos?

Como el lector habrá notado, difiero con Rafael en varios aspectos, pero reconozco el valor de sus aportes. En todo caso, prefiero un trabajo

provocador y polémico que uno convencional y poco interesante. Debo señalar que buena parte de mis dudas y cuestionamientos, los hago desde la especificidad de mi oficio de historiador; en tal sentido, mis investigaciones y la lectura que hago de los estudios de otros académicos, están constreñidas por mi formación. Lara Martínez tiene una ventaja, en tanto que su formación y el abordaje que hace en sus estudios, le permiten ciertas libertades, y transitar por caminos menos convencionales que los que yo acostumbro.

No está de más expresar la intención subyacente en esta crítica. El deseo de revitalizar el ambiente académico de El Salvador, especialmente en lo que a historia se refiere. Nos hace falta debatir, argumentar y no solo alabar o descalificar sin más. Los trabajos de Lara Martínez se prestan para ello. Proponen temas y tesis nuevas, interesantes; que no debieran valorarse a la luz de si ponen en cuestión a un escritor o artista muy querido, o en su defecto que tratan sobre un dictador, en apariencia aborrecido, pero también admirado. Más fructífero sería analizarlos en función de la perspectiva de abordaje, de las fuentes y de la validez de sus conclusiones.

Referencias bibliográficas

Burns, E. B. (1989). La infraestructura intelectual de la modernización en El Salvador, 1870-1900. En L. R. Cáceres (Ed.), *Lecturas de historia de Centroamérica* (pp. 565-591). San José: BCIE-EDUCA.

Croce, B. (1965). *Teoría e historia de la historiografía*. Buenos Aires: Editorial Escuela.

Chávez Velasco, W. (2006). *Lo que no conté sobre los presidentes militares*. San Salvador: Índole Editores.

García Guevara, A. V. (2007). *Military Justice and Social Control: El Salvador, 1931-1960*. Unpublished Tesis doctoral, University of Texas at Austin, Austin.

Lara Martínez, R. (2013). *Del silencio y del olvido. O los espectros del patriarca*. San Salvador: Fundación AccesArte.

Lauria Santiago, A. y Gould, J. (2008). *1932: Rebelión en la Oscuridad. Revolución, represión y memoria en El Salvador*. San Salvador: Ediciones Museo de la Palabra y la Imagen.

Lindo Fuentes, H. y Ching, E. (2012). *Modernizing Minds in El Salvador: Education Reform and the Cold War, 1960-1980*. Albuquerque: University of

New Mexico Press.

López Bernal, C. G. (2013). La construcción del relato histórico: fuentes, narrativa e imaginación. *La Universidad* (21), 159-169.

Molina Jiménez, I. (2001). Cultura impresa e identidad nacional en El Salvador a fines del siglo XIX. Una perspectiva comparativa. *Jahrbuch für Geschichte Lateinamerikas* (38), 131-155.

Molina Jiménez, I. (2004). *La estela de la pluma: Cultura impresa e intelectuales en Centroamérica durante los siglos XIX y XX*. San José: Editorial Universidad Nacional.

Notas

- 1 Una versión de este texto fue publicada en <http://elfaro.net/es/201311/academico/13941/>
- 2 El autor es Doctor en Historia, investigador y docente de la Escuela de Ciencias Sociales, Facultad de Ciencias y Humanidades, Universidad de El Salvador
- 3 (Croce, 1965).
- 4 (Lara Martínez, 2013, pp. 39-45.).
- 5 (Lindo Fuentes y Ching, 2012) Para un caso puntual, véase (Chávez Velasco, 2006).
- 6 (Lara Martínez, 2013, p. p. 67.) El énfasis es mío. Para una discusión al respecto, véase (López Bernal, 2013).
- 7 (Lara Martínez, 2013, p. 212.).
- 8 Un ejemplo ilustrativo. Hacia los trabajos de Bradford Burns sobre la intelectualidad liberal salvadoreña mostraban un panorama muy positivo sobre la producción intelectual de la época y cómo esta coadyuva a legitimar la república liberal cafetalera. Unos años después los trabajos de Iván Molina, que consideran aspectos que Burns dejó de lado, por ejemplo, imprentas, volumen de tiraje, niveles educativos, etc., dejan ver que el problema era mucho más complejo. Yo solo retomo las ideas de Molina y las aplico al caso en estudio. Véase, (Burns, 1989); (Molina Jiménez, 2001); (Molina Jiménez, 2004).
- 9 (García Guevara, 2007).
- 10 (Lauria Santiago y Gould, 2008).

Anexo:

Respuesta publicada por Rafael Lara en respuesta a los comentarios de Carlos López

El Faro Académico | Temporada 2013

Entre silencios y espectros

En su respuesta a la crítica de Carlos Gregorio López, Rafael Lara Martínez nos dice que

““Historia” es la memoria popular que ninguna ciencia social —por más exacta que sea— puede sustituir”. El planteamiento de Lara Martínez es parte del debate que suscitó su obra sobre el papel de los intelectuales salvadoreños durante la dictadura del General Martínez.

*Por Rafael Lara-Martínez **

elfaro.net / Publicado el 3 de diciembre de 2013

Le agradezco a Carlos Gregorio López Bernal tomarse la molestia de leer mi obra —barroca y laberíntica— en fiel seguimiento de una tradición del ensayo que suele confundirse con el “paper” en boga. Como el subtítulo lo indica, este objeto, “Del silencio y del olvido”, no es una “libro” “ceci n’est pas une pipe” (Magritte). Se reclama del legado “poético” del collage rulfiano y cubista, más que de una filiación totalizadora y libresca. No hago “historia” sino que escribo “poética” (Aristóteles).

De ahí su subtítulo —“ensayos salarruerianos”— que solicita reconocer un estilo de la re-presentación del mundo que no se contenta con referirlo al índice directo, apuntando a la Cosa que nombra. “Ensayo” implica tanteo y error de los instrumentos mismos —de la palabra y de la imagen— que reseñan el mundo, así como “ensayo” también pre-supone el mundo mismo. Hay un vaivén entre el “hecho” y su mirada, entre la palabra y la Cosa. Tal es un ensayo —no un resultado de conclusiones sin obstáculos— sino las peripecias de una trayectoria sesgada y compleja.

A Carlos Gregorio se lo agradezco, sinceramente, ya que mi cuestionamiento sobre el martinato cumple casi siete años cabalísticos.

Lo inicia Del dictado (2007), al interrogar la entrevista de Miguel Mármol (1966), que una inflación literaria de seis años de trabajo vuelve un libro (1972). La continúan Balsamera de la guerra fría (2009), collage del arte y periodismo de los años treinta, Política de la cultura del martinato (2111/2113), crónica del “Pulgarcito de América”, arte y antropología de la misma década que enlazan el martinato a los intelectuales, a las artes plásticas del Istmo y al cardenismo y ahora estos ensayos a manera de arte-factos a armar. Sin explicitar esa trayectoria de documentación primaria —“necesaria”, pero “no siempre posible”— bien lo anota Carlos Gregorio, el “hacer la historia”, yo digo, el hacer la poética se vuelve “prejuiciado”. A eso lo llamo “espectros”, al sustituir lo “necesario” por “lo no siempre posible”. El pre-juicio ocupa el lugar del archivo; el indígena en pintura, el logos que rescato en las traducciones de Leonhard Schultze-Jena (2010) y María de Baratta (2012).

Con esta distinción —“historia” y “poética”— no invoco ninguna novedad; en cambio, prosigo la más arraigada idea aristotélica. Convoco a los “espectros” derridianos que me exigen reemplazar las fuentes primarias de apoyo inicial al martinato por una culpabilidad que la historia europea llama “el síndrome de Vichy”. Los hechos —la colaboración— los reescribe un punto terminal, 1944 y años subsiguientes, que corrige el pasado, tal cual la actuación de Salarrué y demás grupos teosóficos, intelectuales, en 1932. Esta correlación del soldado y del letrado —fiel al capítulo 38 de El Quijote— se prolonga hasta el apoyo a los gobiernos de Osorio y Lemus (véanse: Centenario de Goethe y Matías Delgado (1933), cuño del término “política de la cultura” (Boletín de la Biblioteca Nacional 1933), al igual que “Carta al candidato” de Salarrué (La Prensa Gráfica, diciembre de 1955)).

I.

En cuanto a la polisemia, la inconstancia deriva de la palabra misma de historia que en castellano —la lengua que utilizamos al re-presentar el mundo— se presta a una pluralización —historias— la cual la emparenta a la narrativa e, incluso a la parodia, historietas. “Historia” son los hechos mismos que carecen de representación y de palabra: el simple actuar. En Aristóteles, “historia” es tanto la “historia propiamente dicha” —la “historia de los historiadores— como la “historia” que refiere a la poética, la cual practico en toda obra.

“Historia” es la memoria popular que ninguna ciencia social —por más exacta que sea— puede sustituir. “Historia” es la “historia” de los Historiantes que la bailan según libretos orales o escritos. “Historia” son las imágenes de las artes plásticas, pintura, escultura, etc. que transcriben un mundo de color distinto de la palabra impresa. “Historia” es el tatuaje de los mareros, el cuerpo vivo escrito por los glifos de la experiencia.

La polisemia del término “historia” no podría ser más compleja. Se trata de un asunto tan espinoso que al decir “hacer la historia” se ignora cuál “historia” refiere. Es obvio que esta palabra resuena de manera radicalmente distinta en Carlos Gregorio y en mi persona. De seguro, él piensa en la historia profesional, la de los historiadores. Yo no, ya que invoco el archivo en el sentido derridiano y en el psicoanalítico de la escena primigenia.

Esta misma idea de interpretación múltiple guía mis comentarios que otras personas pueden enmarcar bajo un distinto ángulo de análisis, tal cual la legitimación “comunista”, teosófica y pacifista de la “matanza” (cita a continuación). A otros lectores de proponer exégesis alternativas del pacifismo “comunista” contra el “levantamiento de venganza” (Salarrué, 1935). Pero resulta intolerable la exigencia de borrar las fuentes primarias para inventar la verdad actual del pasado, según la culpa arrepentida de una colaboración a borrar. Luego de Caralvá, reconozco en Carlos Gregorio, uno de los pocos comentaristas que no me pide destruir la documentación recopilada en este libro, para construir una verdad científica que legitime la memoria.

“Matan a sangre fría [...] los peores asesinos. Por eso merecen condena eterna todos los hechos sangrientos hace algunos meses ejecutados por forajidos [...] es una dolorosa equivocación creer que el comunismo se practica segando vidas y arrasando propiedades. Esas doctrinas que tuvieron origen en el Sermón de la montaña, no son de destrucción sino de conservación [...] Esto lo han ignorado [...] nuestros campesinos por eso han delinquido [...] y se dejaron llevar al sacrificio de su vida” (Eugenio Cuéllar cuyo cuento lo ilustra Pedro García V., quien diseña varios “cuentos de barro”. *Cypactly*, No. 17, 22 de junio de 1932; la relación de Cuéllar con Salarrué queda a determinar, aun si su enlace visual resulta obvia en 1932 por ser el ilustrador común de sus escritos).

II.

Pero, pese a esa ambigüedad misma del término historia, hay un archivo que ninguna “imaginación” puede colmar. Se trata de la recolección de la obra literaria paradigmática de El Salvador —Cuentos de barro (1933) de Salarrué y su recepción inmediata— la cual, a ochenta años de su edición príncipe, carece de un ejemplar completo. Hay en esta obra un diálogo entre la palabra y la imagen, al igual que otro entre el autor y sus artistas contemporáneos. Si esta recolección (logos) la historia científica la juzga secundaria, la poética sería el verdadero a-lethe o descubrimiento, no de los hechos, sino de su re-presentación plástica y letrada. La tesis derridiana resulta implacable. La memoria histórica —la mía también— “tiene por vocación silenciosa borrar el archivo y empujarnos a la amnesia” (El mal de archivo).

Hacia la época, que los cuentos de barro y sus ilustraciones indigenistas sólo los lea y las contemple una audiencia reducida —menos de un veinte por ciento, según Carlos Gregorio— no les resta la importancia que poseen. Se trata de un “aleph” tan ínfimo de la materia que su infinitud lo proyectan Relaciones Exteriores, Turismo, Museos, estudios culturales, etc., desde la época hasta la actualidad. Basta recordar que nuestro anfitrión —el Museo de la Palabra— edifica un verdadero monumento a tal migaja insignificante de la historia.

Por tal razón no cito libros de historia —la de los historiadores— ya que trabajo con un material que, por su silencio, casi sólo lo refieren las investigaciones literarias y del arte. Hay de quince a veinte revistas culturales que la poética recobra del tachón que le impone la historia científica. Desde Balsamera bajo la guerra fría, anoto que un lector de 1932 jamás abstraería las noticias de la insurrección, de los anuncios que las rodean. Por ello, analizo tales anuncios y su visión masculinizante, la cual enmarca una perspectiva particular de los hechos sociales.

Por ello, un rubro vital de estos ensayos no lo constituye la colaboración entre el soldado y el letrado durante el martinato. Lo despliegan los estudios de género que —como los anuncios que rodean las noticias de la revuelta— especifican una mirada viril. Las obras literarias confirman tal punto de mira al hacer del varón el agente histórico por excelencia y de la mujer, el objeto sexual del deseo masculino. En fidelidad al psicoanálisis, no hay historia completa sin mencionar la escena primordial del coito y el deseo de sus actores. En términos poéticos,

“esa huella primera de las cosas sin nombre, sin palabras siendo” —la cópula parental como escena primigenia de todo individuo— se llama historia sin represiones, esto es, sin los espectros que enturbien la razón analítica. No sólo María Gertrudis y Rosa María testimonian el enlace entre derecho de pernada, abuso sexual y comunismo (El oso ruso (1944) de G. Alemán Bolaños y Ola roja (1948) de F. Machón Vilanova). También “a cuerpo sano” de mujer, “mente sana” de hombre. La negritud femenina —Gnarra, “una bella negra desnuda”— declara su injusto olvido ante la canonización del hombre blanco (Remotando el Uluán (1932) de Salarrué). En breve, se trata de la feminización de la diferencia, en relación estrecha a los géneros liminales.

III.

Por último, la inutilidad de los archivos rescatados, sólo la justifica un siglo XXI —época de la comunicación de masas, del internet y la tecnología de información— cuya “política de la cultura” les niega a las más variadas instituciones gubernamentales los medios de expresión que el martinato y las dictaduras militares les otorgan. Sin nostalgia, en la era pre-digital, Antropología, Biblioteca Nacional, Instrucción Pública, Turismo, Relaciones Exteriores, Universidad, etc. cuentan con revistas que hoy se juzgan innecesarias. Ese “aleph” —“the matrix” ínfimo— sustituye lo real en el imaginario de una era del simulacro. En un mundo anti-Magritte, el eco de una caverna me insinúa que lo real es su apariencia. Su re-presentación plástica y letrada —José Mejía Vides, el Salarrué de Catleya luna (1974), etc.— reemplaza todo cuerpo sexuado, en deseo, y una lengua indígena, ajena al castellano.

*** El Dr. Rafael Lara-Martínez, ganador del Premio Nacional de Cultura 2011, es profesor en el Tecnológico de Nuevo México. Obtuvo un doctorado en Lingüística en la Universidad de La Sorbona y es autor de numerosos libros y ensayos.**

<http://elfaro.net/es/201312/academico/14073/>